

Carlo Flamigni

## Circunstancias casuales

Traducción del italiano de  
Carlos Gumpert

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

*A mi amigo Corrado,  
quien, como yo, cree en la justicia.  
A Carla y a Marina,  
quienes creen algo menos en ella.*

*¿Cómo osamos hablar de las leyes de la casualidad?  
¿No es acaso la casualidad la antítesis de toda ley?*

BERTRAND RUSSELL

*La naturaleza es boba y desordenada y su único  
acto volitivo es la casualidad.*

ALIETO TIBUZZI

## Personajes y comparsas

Annibale Ricci Ribaldi, notario.  
Maria Teresa, su mujer.  
Veronica y Matteo, sus hijos.  
Domenico, pasante.  
Carla, oficinista.  
Egle, secretaria.  
Palmira, criada-gobernanta.  
Zaira, gobernanta.  
Anna y Paola, criadas.  
El doctor Reggiani y el doctor Forlivesi, dermatólogos.  
Veronica Schiassi, psicóloga.  
Maite, joven argentina.  
Abogado Antero Silvestrini, prometido de Veronica.  
Rosa Stepponi, comadrona.  
Libero, Sante y Gaetano, hijos de Platone Sensori, anarquista.  
Anchise Silvestrini, abuelo de Antero.  
Macbetto Fusaroli, subcomisario.  
Primo Casadei, apodado Terzo.  
Maria, su mujer.  
Beatrice y Berenice, hijas de Primo y de Maria.  
Pavolone, chico para todo de la familia.  
Proverbio, amigo de la familia.

# Prólogo

El presente volumen no es, no lo es realmente ni pretende serlo, un libro policiaco, sino más bien una historia que se refiere a una serie de acontecimientos provocados por la casualidad, los cuales, a su vez, de forma intermitente, dieron origen involuntariamente a una serie de actos determinados de manera racional, y es la exposición de cuanto al final resultó de la confusa contaminación entre el azar y la voluntad. Un libro policiaco que deja su desarrollo y la solución, en la medida que sea, en manos de la casualidad, se convierte automáticamente en el relato del suicidio del autor.

Los acontecimientos que aquí se leerán deben imaginarse como acaecidos durante una fase avanzada del otoño en una localidad marina de la costa de Romaña. No es fácil y no está al alcance de todos, lo reconozco, pues no son muchos los que se hallan familiarizados con las costas del Adriático en temporada baja, y los que creen que la conocen por lo general se engañan pensando que es suficiente con tener una casa abierta en el invierno y pasar en ella los fines de semana para entender la clase de vida que se ven obligados a llevar en lugares así sus ciudadanos, cuál es el carácter de estos y qué clase de viento político sopla por allí. Mucho me temo que no se trata más que de una ilusión.

En estas pequeñas ciudades asediadas por el esplín, adquieren especial relevancia las interpretaciones subjetivas de los acontecimientos, desempeña un papel importante la fantasía aburrida, que promueve grandes resonancias afectivas a partir de aconteci-

mientos insignificantes: esa es la razón por la que puede llegar a ser muy importante saber distinguir la casualidad de la volición, pues, si bien la primera tiene, en todo caso, derecho de ciudadanía, la segunda resulta ásperamente juzgada en cualquier circunstancia. Por mi parte, me he interrogado acerca de la propia posibilidad de explicar los acontecimientos casuales de manera comprensible, de intentar, al menos, una definición que esté al alcance de todos. De procurar ponerlos en relación lógica con los acontecimientos a los que han dado origen. Claro está, se trata de hechos que se verifican sin orden, hechos que no es posible predecir. Los matemáticos afirman, en tal sentido, que el efecto global de un gran número de acontecimientos semejantes no deja de ser perfectamente predecible; es una manera de formular la ley empírica de la casualidad: en una serie de pruebas repetidas en las mismas condiciones, la frecuencia relativa de un acontecimiento tiende a coincidir con su probabilidad. Interesante, útil para los laboratorios y la investigación científica; pero ¿y para la vida? Personalmente, me ha tocado vivir periodos lo bastante largos durante los cuales los acontecimientos azarosos prevalecían y se sucedían sin pausa, mofándose de la probabilidad y de sus leyes. Tal vez no sea casualidad que la literatura y la mitología hayan abordado el asunto con algo de bochorno, presentándolo a menudo con nombres distintos y atribuyéndole historias, leyendas e incluso propósitos diferentes: de modo que el azar se ha visto confundido con el hado o el destino, o la fortuna, y se ha asomado al escenario de la vida vistiendo diferentes tipos de ropa, adquiriendo los rasgos de criaturas misteriosas, como las Parcas, las Moiras o las normas. En realidad, el hado y el destino no deberían confundirse en modo alguno con la casualidad, dado que se expresan con una secuencia fija de acontecimientos no previsibles, no evitables e invariables, mientras que la casualidad está regulada por una suerte de ley matemática. Sigo todavía, por lo tanto, en busca de definiciones, y en estos momentos no tengo nada más que ofrecer que esta historia.

No me gustan —debo hacerlo constar por corrección— aquellos que enlazan el destino con la intervención de un dios que no quiere firmar sus acciones (¿timidez?, ¿sentimientos de culpa?),

lo escribió incluso Anatole France, que era mucho más severo que yo en sus juicios. No me gustan aquellos que imaginan una divinidad a la que hacen constantes y fieles referencias, mientras pasea de incógnito por las calles del mundo provocando daños y milagros casuales. Un dios estocástico con semejante propensión se merecería un arresto domiciliario en el Olimpo. Por otra parte, Cloto, Láquesis y Átropos actuaban a menudo en contra de la voluntad de Júpiter, quien era además su padre, y no porque no lo respetaran; era solo que no podían evitarlo, tenían que obedecer a la casualidad. Y yo no veo en la casualidad un corrector de injusticias, un protector de los oprimidos, un fabricante de magias virtuosas. *La nature fait le mérite et la fortune le met en œuvre*, escribió La Rochefoucauld, quien sacaba a colación la fortuna, pero que sin duda estaba pensando en la casualidad. Por el momento, me limito a estar de acuerdo con Hesíodo, quien definía el azar como «incomprensible» y lo asociaba con muchos misterios tenebrosos:

Parió la Noche al maldito Moros, a la negra Ker y a Tánato; parió también a Hipnos y engendró la tribu de los Sueños. Luego además la diosa, la oscura Noche, dio a luz sin acostarse con nadie a la Burla, al doloroso Lamento y a las Hespérides que, al otro lado del ilustre Océano, cuidan las bellas manzanas de oro y los árboles que producen el fruto.

Parió igualmente a las Moiras y las Keres, vengadoras implacables: a Cloto, a Láquesis y a Átropos, que conceden a los mortales, cuando nacen, la posesión del bien y del mal y persiguen los delitos de hombres y dioses. Nunca cejan las diosas en su terrible cólera antes de aplicar un amargo castigo a quien comete delitos.

También alumbró a Némesis, azote para los hombres mortales, la funesta Noche. Después de ella tuvo al Engaño, la Ternura y la funesta Vejez, y engendró a la astuta Eris<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Traducción de Aurelio Pérez Jiménez en Hesíodo, *Obras y fragmentos* (Gredos, Madrid, 1983). (*N. del T.*)

Estoy seguro de que tarde o temprano seré capaz de encontrar una definición, si tengo tiempo y paciencia, porque estoy seguro de que la encontraré por casualidad. Por lo demás, es difícil pensar en la casualidad como un acontecimiento de escasa importancia; Jacques Monod escribió su obra *El azar y la necesidad* para demostrar que la teoría de Darwin debe entenderse como una hipótesis que concibe la evolución como una suma de acontecimientos casuales y que en ello no hay nada finalista, ni en lo que concierne al hombre, ni en lo que atañe al mundo. Estamos aquí, pues, por casualidad, a la espera de que otra casualidad menos compasiva nos arranque de este mundo. Mientras tanto, pendiente de verificar lo que el azar tiene previsto para mí y de descubrir cuál es la longitud del hilo que me ha deparado la suerte, después de haber tratado en vano de entender las teorías de Merton sobre las consecuencias inesperadas, escribí este relato, que habla de acontecimientos casuales y de actos aparentemente volitivos que surgieron de ellos. La historia, en el orden en el que la secuencia de acontecimientos aleatorios se presenta, es producto de pura fantasía. Tomados singularmente, los acontecimientos ocurrieron en realidad casi (¡casi!) como el lector los leerá.

En la costa de Romaña existen numerosas localidades, pequeñas, dispuestas en fila, una detrás de otra, bien separadas en invierno, unidas como si se tratara de una única ciudad muy pero que muy larga en verano, cuando llegan los turistas que ocupan todos los huecos disponibles y que parecen lo que son, gente decididamente resuelta a divertirse o a hacer como si se divirtiera. De este modo, quien acuda a la costa en agosto sacará la impresión de que la vida está hecha de pizzerías, discotecas, salas de baile, restaurantes de lujo y de que a una ciudad no le hacen ninguna falta en realidad médicos, abogados, tribunales, notarios. Los turistas empiezan a marcharse en septiembre, y a finales de octubre no queda ninguno; solo se dejan ver —aunque únicamente los sábados y domingos— los que tienen en la playa una segunda casa y a ella acuden durante todo el invierno, por más que, en el fondo, nadie entienda por qué lo hacen. De esta manera, desde octubre hasta finales de la primavera siguiente, veremos comparecer de nuevo a las auténticas ciudades, idénticas a todas las demás ciudades italianas, con los niños que van al colegio, los adolescentes que se reúnen siempre en las inmediaciones de los mismos bares, las familias que van ordenadamente a misa todos los domingos, los despachos profesionales que se llenan de clientes, algo de hueco para la política, algo de hueco para los deportes. Y, como en todas las ciudades romañolas que se respeten, con la gente que es abducida en sus hogares en cuanto comienza a oscurecer, fuera solamente se topa uno con los nuevos ciudadanos, ocupados

en socializar entre ellos, al frío, y en ocupar los huecos que los viejos ciudadanos, en realidad, nunca han ocupado. Con todo, es cierto también que muchos habitantes de la costa romana optan por pasar el invierno en otros lugares y que otros, especialmente los que se dedican a la construcción de las diversiones veraniegas, no teniendo mucho que hacer, aguardan el regreso de la primavera tratando de matar el aburrimiento, encomendando su propia supervivencia a invenciones y a fantasías que no todo el mundo reputaría legítimas, pero que muchos de nosotros consideramos graciosas.

Las pequeñas ciudades de la costa romana no es que sean —con las debidas excepciones, como es natural— especialmente hermosas: hay hoteles de lujo, algunas señales que recuerdan todavía su historia —aquí un antiguo puente romano, allá una iglesia gótica o bizantina—, pero de lo que carecen sobre todo es de homogeneidad urbanística, puesto que no tienen mucho que ver con el pueblo a partir del cual se formaron. Quienes las han visto crecer, en realidad, perciben esa falta de uniformidad como una virtud, no como un defecto: las personas más ancianas recuerdan los grandes sacrificios del pueblo llano, toda la familia encerrada en el almacén, sobreviviendo como podían, para poder alquilar la casa durante los tres meses de verano a una familia de turistas, y luego invertir todas las ganancias para agregar un par de habitaciones, un segundo baño, una cocina más grande y, ¡ale hop!, he aquí que al cabo de unos cuantos años abría sus puertas la Pensión Primavera, precios módicos, cocina casera, la madre dedicada a preparar hojaldre, la tía Gertrude a hacer las camas, las dos hijas mayores a servir las mesas.

Las pequeñas ciudades de la costa romana han ido creciendo así, no solo así, pero también así. Familias capaces de asumir grandes y continuos sacrificios, acostumbradas a no desaprovechar nada, a no tirar el dinero, sin importarles si en Rávena y en Forlì se reían porque eran «los camareros de los alemanes». Había poco que hiciera gracia, había mucho que aprender.

Localidades con dos caras, por lo tanto, una más vividora en verano, otra más resignada y tradicional en otoño y en invierno.

no. Pero ¿habrá algo de desbordamiento, puede pensarse en una cierta contaminación, aunque sea mínima? Personalmente creo que sí; no estoy del todo seguro, pero me imagino que algunos rayos de sol de los veranos más calurosos siguen calentando los lomos de algunos hombres y de algunas mujeres incluso cuando la temperatura cae por debajo del cero, y el ábrego del Adriático se deja notar en el nerviosismo generalizado de todo el mundo.

Será por eso, será por el carácter algo fogoso de los naturales de Romaña, será porque las ciudades pequeñas son chismosas y charlatanas y tarde o temprano viene a saberse todo sobre todos, la costa romana es un lugar repleto de historias, casi todo el mundo tiene algo enterrado bajo las cenizas de la chimenea, casi todo el mundo sabe que basta con un poco de viento para que lo que ellos creían oculto salga de nuevo a la luz; todos saben, sin embargo, que reina una gran tolerancia, que incluso las personas que no te aprecian se detienen (casi siempre) un momento antes de hacerte daño; que existe en todo caso una concepción particular de la justicia, la mayoría de los ciudadanos preferirían, si pudieran, tomársela por su cuenta. Como sucede en todas las ciudades, en estas historias concurren siempre los mismos elementos: el sexo, por ejemplo, y el dinero, y los defectos más frecuentes de los hombres, su malignidad, su falta de escrúpulos, la envidia. Podría haber, es cierto, otras historias que contar, porque en esas mismas ciudades también se da la tolerancia, la compasión, la solidaridad, la honradez; pero, por desgracia, con sentimientos como esos se levantan historias que no le interesan a nadie, y que nadie se preocupa jamás por contar.

Y hay también sus buenas dosis de fatalismo, que hemos de tener en cuenta, hasta el extremo de que es convicción de muchos que los antiguos, en estas playas, edificaron numerosos templos dedicados a la casualidad.